

ba de llegar de Stuttgart con unos amigos.

La puerta del estadio recibe a cientos de turistas que quieren revivir las gestas de los atletas. Los que han decidido realizar el viaje en grupo disponen tan sólo de 25 minutos para visitar las instalaciones, que es el tiempo que les deja la agencia de viajes para hacer unas fotografías, tomar un refresco y comprar algún recuerdo.

calor", comenta Yvonne; "durante los Juegos nos acostumbramos a verlo lleno de gente". Esta francesa de 18 años sentencia: "Incluso parece triste".

La organización únicamente mantiene abierto un lateral del estadio, donde se pueden comprar unos recuerdos o tomar un refresco. El pasillo habilitado conecta con la explanada del Anillo Olímpico. Son muchos los que aprovechan la penum-

bre que quedamos impresionados". Ahora su actitud es meramente contemplativa. "El recinto es muy bonito, pero no me gusta porque es para gente rica. No hay sitio para los que acudimos a los estadios de pie y pagamos menos por las entradas", comenta uno de ellos.

Los visitantes continúan su recorrido hasta llegar al Palau Sant Jordi. La ilusión por conocer el interior se transforma en decepción al comprobar que

un abogado mexicano, apunta. "A mis amigos les dará mucha envidia verme en el lugar donde Fermín Cacho ganó la carrera de 1.500 metros".

Los turistas salen por la puerta del estadio. Antonio Farrinas, de 37 años, conductor de un autocar que lleva turistas a recorrer Barcelona, precisa: "Salen muy impresionados del estadio, aunque cuando visitan la Sagrada Familia se quedan boquiabiertos".

20 denuncias diarias de turistas

La Oficina de Atención al Turista, de la Guardia Urbana de Barcelona, ha venido atendiendo una media de 20 denuncias diarias a lo largo de este verano. Las principales quejas de los visitantes son los hurtos, robos, agresiones y extravíos. La oficina dispone de personal especializado que puede atender a los usuarios en francés, inglés e italiano.—EP

LA CRÓNICA

TV-3, diez años

ARCADI ESPADA

Catalunya fue otro acierto, una consecuencia más de ese planteamiento pragmático, moderno y plural que estuvo en los orígenes del proyecto.

El paso del tiempo tal vez haya desvanecido la importancia de esa opción decidida por Quintà, asumida por Prenafeta, convenida con Pujol. Su importancia y su dificultad: en Cataluña, en los primeros tiempos de la autonomía, había mucha gente que planeaba TV-3 desde los mismos parámetros fosilizados que caracterizan hoy *Òmnium Cultural* o el Institut d'Estudis Catalans. Vencer esa inercia, a la que empujó también gente como José María Calviño—"TV-3 ha de ser una tele-

visión antropológica", sentenciaba—, fue fundamental y glorioso. TV-3 no ha sido, ni en sus peores momentos, la *tele* de una tribu. La importancia de su ejemplo para que otras televisiones autonómicas tampoco lo fueran ha sido una de sus aportaciones más decisivas.

Durante estos 10 años, TV-3 ha vertebrado Cataluña con la potencia de un sistema educativo o de un eje básico de transporte. Es decir, su presencia ha sido definitiva y total. Obviamente, ha servido a su señor y a su proyecto político con entrega y dedicación, pero ese pujolismo tecnológico—tal vez por su propia dimensión— ha sido el menos sectario de los medios de comunicación controlados por la presidencia de la Generalitat. Con los bandazos propios de las diversas coyunturas político-lingüísticas, ha fijado también un modelo de lengua generalmente razonable.

Y sus risibles excesos—aquello sobre lo que alertara precisamente Manolo Vázquez en la emisión inaugural: *jo sóc català i porto barretina i al que digui res li tallo la sardina*— se han limitado a las diversas

epopeyas goleadoras del Barça, a la meteorología o a la súbita emoción lituana que invadió los telenoticias. Esos excesos, como la prosa periodística de salón que suele caracterizar las entrevistas al presidente Pujol, han devenido costumbre y uno los contempla ya con la misma entrañable resignación con que miraba en el pasado televisivo español las apariciones de don Victoriano Fernández Asís, aquel gigante.

Vuelvo a Quintà. Aunque tal vez vendría escribir algo sobre el presente. Pero el presente de TV-3 está inscrito en la infernal ola de apoplejía que sacude a todas las televisiones convencionales de Europa. Quizá conviniera refundar TV-3, ahora que ya es otro el paisaje audiovisual y la normalidad es bazofia. Pero me veo incapaz de proseguir. Dejémoslo en Quintà: aquel gran acierto antitribal, aquel lúcido criterio sobre lo que debía ser una televisión, inscrito en la herencia de los mejores momentos de Cataluña: comportarse como un país normal, aunque de normal sólo se tuviera la voluntad.

23-8-93